

Alonso Ramos

Los prodigios de la Omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan

3 tomos

Gisela von Wobeser (coordinadora y estudio introductorio)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

434 p.

Ilustraciones

(Serie Documental, 31)

ISBN 978-607-02-9436-5 (obra completa)

ISBN 978-607-02-9437-2 (tomo I)

ISBN 978-607-02-9438-9 (tomo II)

ISBN 978-607-02-9439-6 (tomo III)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de agosto de 2017

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios_catarina/tomo01.html

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios_catarina/tomo02.html

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios_catarina/tomo03.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

lo. Y correspondiendo Dios a la instancia y eficacia de su afecto, le mostró a su querido predicador en la gloria, ostentando en el apacible y hermoso semblante luminosos rayos de luz, vestido de resplandores de sol, adornado de riquísimas piedras preciosas en las manos, sentado en un trono o silla apostólica, tan rica y resplandeciente, que no hallaba palabras ni modo con qué explicarlo. Quedó esta sierva de Dios llena de consuelos y agradecida al supremo y misericordioso Juez de vivos y muertos, y a su santísima madre como a medianera en intercesora de tanta felicidad. Y lo particular que notó y entendió en esta visión, fue que aquella alta silla y glorioso trono se le había dado no tanto por lo que había predicado, cuanto por lo que había padecido en el mundo. Vio esto un día después de la muerte de su confesor.

CAPÍTULO 17

PROSIGUE LA DEVOCIÓN QUE TUVO A NUESTRA SEÑORA, A SU SANTÍSIMO ROSARIO Y MILAGROSA IMAGEN

1. Varios modos de rezar el rosario con que se entretenía y crecía su devoción

[196] Como buena hija procuraba por todos caminos honrar y engrandecer a su madre, la santísima Virgen, y que todos concurriesen a estas debidas alabanzas. Se prevenía para celebrar sus fiestas ocho o nueve días antes con oraciones, ayunos, disciplinas, muchas horas de oración, con otros ejercicios delante de alguna imagen de Nuestra Señora, gozándose de sus excelencias y atributos, alabando su piedad y clemencia, y pidiéndole su auxilio y protección para sí y para el mundo. Consideraba y ponderaba su grandeza por ser hija del eterno padre, madre de Dios hijo y esposa del Espíritu Santo. Con esta consideración se entretenía, se gozaba y crecía su fe y esperanza, y el filial afecto con que recurría a esta soberana Señora, inventando varias devociones y ejercitando las que le leían en los libros que cedían en honra de María y de su santísimo hijo.

[197] La devoción del rosario fue la primera que se estampó en su corazón desde su niñez, y éste el pan y la leche con que se alimentó todo el tiempo de su vida. Con la salutación del ángel se desayunaba, comía y cenaba. Las oraciones del padre nuestro y avemaría eran sus ordinarias

jaculatorias. Con el avemaría alababa a la Señora y al fruto de su vientre, e imploraba su intercesión para alcanzar con el padre nuestro lo que Dios quiere que le pidamos. En todo tiempo y lugar levantaba al cielo su corazón y a Dios el espíritu. Y fervorosa repetía continuamente en el todo o en partes estas dos oraciones, barriendo, cocinando y sirviendo andaba, y no perdía de vista a la Emperatriz de los cielos, ni al fruto bendito de su vientre. Y con esta presencia, hervía tanto el divino amor en su pecho y crecía tanto el ardor de su corazón, que como otros, por no reventar, vierten por la boca suspiros y gemidos, Catarina vertía palabras de la salutación angélica y de la mejor de las oraciones, el padre nuestro. Experimentando en sí lo que deseaba David, cuando dijo: “Llénese mi alma de gran devoción y mi boca alabará a Dios con labios de alegría” [Apostilla: Salmos 62]. Estaba llena esta querida esposa de Jesús de la devoción de su madre y de los misterios de su santísimo rosario; y esta abundancia interior brotaba en las alabanzas que ordenó la santa Iglesia católica, para celebrar y engrandecer los soberanos misterios.

[198] De esta interior devoción nacía el rezar tres veces al día el rosario de los quince misterios, cuando las ocupaciones y las fuerzas no lo impedían; el uno por la mañana, otro en tiempo de siesta y el otro a la oración. Rezaba también la camándula,⁸³ la corona y otros tercios del rosario, principalmente en los días de fiesta y festividades de la Señora, para aplaudir sus excelencias. El rosario le servía para contar los alabados, las oraciones del santo sudario y repetición de los actos de virtudes en que se ejercitaba. Y así solía rezar muchos más rosarios: uno de actos de contrición, otro de actos de amor de Dios, otro de conformidad con la voluntad de Dios, otro de actos de humildad, y así de las demás virtudes, según la necesidad o afecto fervoroso que predominaba en su espíritu. Y como era tanta su devoción con María santísima, ordinariamente le servía el rosario de instrumento para repetir y multiplicar varias oraciones y devociones que cedían en alabanza de esta soberana reina, y las rezaba con tanta atención y amor que las mismas oraciones que rezaba eran como un panal de miel con que se regalaba su espíritu e inflamaba su voluntad, hasta causar en ella suspensiones y éxtasis de una altísima contemplación de los divinos misterios.

[199] De todo lugar hacía Catarina iglesia; de sí misma hacía templo; donde quiera hallaba ocasión de orar, con fervor de espíritu, si no tenía

83 Rosario de uno o tres dieces.

lugar de ir a la iglesia; en su casa y en medio de las ocupaciones hacía fervorosa lo que hiciera en la iglesia; hilando estaba y tenía el corazón en Dios y en su santísima madre; cocinaba y juntamente oraba y alababa a su creador, servía andando de arriba abajo, entre el tráfigo del mundo y se conservaba firme en su oración y limpieza, porque en todo hallaba la grandeza inmensa de su Dios propicia. Y así, aunque experimentaba más quietud y descanso en la soledad, quería más por voluntad de Dios la batalla, mortificando la suya y resignándose en el divino querer. Con esta determinación y santo dictamen, desvanecía las tentaciones del caviloso enemigo con que trazaba resfriarla y distraerla. Cuando le decía que no valían nada sus oraciones porque no eran en la iglesia, respondía: “Anda de ahí, maldito, que el lugar no santifica. La oración hecha con tibieza, si aquí no tiene valor, merecerá mayor reprehensión en la iglesia”. Cuando la exhortaba a que buscarse la soledad, que se fuese a una cueva y dejase las ocupaciones de su obligación que la ponían en tantos riesgos de perderse y le impedían el subir a la perfección y santidad, respondía: “Calla, embustero, que donde quiera que vaya, me tengo que llevar a mí misma, y he de experimentar tus persecuciones y asechanzas. Si yo refrenara mis sentidos y recogiera mis potencias a lo interior y secreto de mi alma, donde Dios me está llamando, las ocupaciones, la gente y la plaza fueran para mí templo”. Cuando la instaba a que oyese muchos sermones, que hablase con personas espirituales, que buscarse quién la leyese muchos libros de su devoción, para saber hablar con Dios y de Dios, y alabar a la mujer que llamaba su madre, respondía: “Vete, letrado infernal, que mi suerte y la providencia de mi creador me ha traído al estado humilde de esclava, en que sólo deseo saber la ley para guardarla, obedeciendo a Dios y a mis amos, rezando las oraciones que me manda la santa Iglesia católica y repetir las oraciones del rosario”.

[200] Éste rezaba con los ofrecimientos que se practican en la iglesia, cuando lo rezaba en comunidad con toda la gente de la casa donde vivía; y cuando lo rezaba sola, inventaba su devoción varios modos para mayor consuelo de su alma, y era muy frecuente el dar gracias y adorar a la Santísima Trinidad en el primer decenario, por haber concurrido todas a las tres divinas personas a dar ser y a engrandecer a la purísima madre de Dios y piadosa madre de pecadores. En el segundo alababa y glorificaba al eterno padre, por esta obra de su poder tan perfecta y tan prodigiosa como es María santísima concebida desde la eternidad en la inmensa fecundidad de su entendimiento y creada en tiempo con las prerrogativas y privilegios de madre del Altísimo y madre piadosísima del universo. En el tercero, ensalzaba

al fruto bendito del vientre de esta soberana señora; engrandecía su sabiduría y glorificaba su infinita misericordia, por haberse dignado de redimir al mundo tomando carne en las purísimas entrañas de la virgen María. En el cuarto alababa al Espíritu Santo, por haber escogido por templo y morada el pecho y corazón de esta benignísima reina, y llenándola de su amor y consolación para que fuese el refrigerio y descanso de todas las criaturas. En el quinto misterio, convocaba a todos los coros de los ángeles, nombrando a san Miguel, san Gabriel y san Rafael, para que la ayudasen a conocer los beneficios que debía el mundo a esta su reina y señora, y en especial los que ella había recibido; y reconociéndose indigna e incapaz para los agradecimientos debidos, rogaba humilde a las angélicas inteligencias diesen por ella gracias infinitas a la clementísima Emperatriz de los cielos, y que la alabasen por ser hija del eterno padre, madre del hijo y esposa del Espíritu Santo, y por estar depositadas en ella las grandezas de todos los nueve coros de los ángeles con mayores prerrogativas y excelencias. Concluía el primer tercio del rosario acompañando a los mismos celestiales espíritus, humilde y fervorosa, prorrumpiendo en tiernas y devotas alabanzas de María santísima, pidiendo por la salvación de las almas, por las benditas almas del purgatorio, por la reducción de los infieles, y por la extensión y exaltación de la fe en todo el universo.

[201] A este modo llamaba a los demás santos y santas para las otras partes o tercios del rosario, repartiendo los misterios entre ellos por sus jerarquías, coros y grados, pidiendo a todos la asistiesen y acompañasen en las alabanzas de la reina y señora de todas las criaturas, por sus excelencias, por sus perfecciones y por sus prerrogativas; y al autor de esta maravillosa criatura, por su bondad inmensa, sapiencia suma y manantial de todos los bienes juntos. Solía hallarse muchas veces en estos tiempos de su rezado rodeada de ángeles y bienaventurados, que con suaves voces y soberanos instrumentos concurrían con esta hija y esclava de María a las alabanzas de su reina, y juntamente causaban en su corazón deleite, gozo y excesos de amor para con la santísima Virgen y el Verbo encarnado; y arrebatada se hallaba en el empíreo, pagando a los músicos celestiales su venida con ayudarles a entonar alabanzas de su princesa, allá en su feliz y celestial patria.

[202] Cuando se hallaba con más fervor y confianza en el fin o principio de su rezado, ponía en manos de la santísima Virgen el rosario o rosarios, para que se los ofreciese al Niño Dios que tenía en sus brazos, diciéndole que fuese su medianera y que ofreciese aquellas sus devociones como pajitas entremetidas con los merecimientos de los justos, de los santos del cielo y de

la sangre de su unigénito hijo, para que recibiesen de su mano valor y eficacia. Gustaba tanto la santísima Virgen de este humilde ofrecimiento, que solía alargar la mano, como quien le pedía las oraciones que ofrecía para presentarlas a su santísimo hijo. Y extendiendo al mismo tiempo el hijo de Dios y de María el brazo para recibirlas, le decía Catarina: “No Señor, no son dignas mis oraciones de llegar a ti sino se purifican primero en manos de tu santísima madre. Juntas con su intercesión y merecimientos y con el valor de tu sangre las recibirás; porque así irán bien apadrinadas, para que no me niegues lo que te pido para mí y para tus criaturas”.

2. Cómo aprobaba Dios su oración vocal con la representación de los divinos misterios

[203] Era el rosario de Nuestra Señora, en la boca y corazón de esta esclarecida virgen, un sabrosísimo almíbar y una gustosísima fuente de leche y miel con que se regalaba y confortaba su espíritu, y por ello pronunciaba casi continuamente su lengua las oraciones de que se compone con todo el afecto de su corazón. Y cuando se hallaba en sequedad y oscuridad, que no podía aplicar la imaginación y todo su espíritu y mente, decía con afecto de hija a la soberana princesa de los cielos: “Señora, yo estoy aquí como una bestezuela sin razón, sin entendimiento y sin corazón. Sólo la lengua me ha quedado libre y pues es de tu santísimo hijo. Dame licencia para que la emplee en tus alabanzas, pues sabes que yo quisiera alabarte no sólo con la boca, sino con el corazón”. Con esta licencia pedida, con este humilde temor que hacía culpas las que eran penas y muy meritorias, comenzaba a orar, recelosa de perder todos los frutos de la oración y de que dijese el Señor lo que dijo en otra ocasión por Isaías: “Este pueblo me honra con los labios pero su corazón está lejos de mí, porque cuando me alaba, no mira que estoy presente, ni advierte que habla conmigo, ni atiende a lo que me dice” [Isaías 29].

[204] Entre estos temores falsos de su verdadera humildad, por no ser voluntarias las distracciones de su corazón, la solía confortar la Señora manifestándole el valor de sus oraciones y rosarios, con mostrársela vestida de flores, rosas y piedras preciosas, y dándole a entender que de las avemarías que rezaba se tejían las galas que la madre de Dios vestía. En otras ocasiones era arrebatada en espíritu, y veía como presentes los misterios más principales de la madre del Altísimo, con que solía favorecerle el cielo en las festividades más solemnes de su Emperatriz. Como sucedió en el día de la ascensión de esta princesa de los cielos muchas veces, o porque se repetía la visión o

porque se renovaba con viveza la misma especie en que se le manifestó la primera vez en que sucedió de esta manera.

[205] Elevada en altísima contemplación por largo tiempo, veía con grande luz y claridad cómo la piadosísima reina, despidiéndose de los apóstoles y amigas se apartaba del immaculado y virgíneo cuerpo su dichosísima alma, entre incendios lúcidos y resplandecientes del divino amor, y que subía a tomar posesión de su imperial trono en la celestial Jerusalén, recostada en los brazos del Verbo encarnado, su esposo y su único hijo, como lo había previsto Salomón en sus cánticos [Apostilla: Cantares 8], llena de deliciosos gustos y acompañada de músicas celestiales que percibía entre dulzuras esta especiosa y favorecida virgen. Le pareció que se iba alejando de su vista esta parte de la gloria, por uno como trono de gradas, formadas de nubes y resplandores, y de jerarquías de ángeles y santos, tropezando unas con otras aquellas celestiales luces por acercarse más a su reina y gozar de su belleza y de los luminosos rayos de suave luz que esparcía por la región del aire.

[206] Reparó que en este camino del cielo, apartada ya a buena distancia de la tierra, coronaban su cabeza doce brillantes luces que, vestida de los hermosos rayos del sol, pisaba la luna y derramaba por todas partes fragancias y resplandores, y que mirando hacía la tierra echó una bendición a muchas criaturas de todos estados, que estaban desde el suelo mirando y contemplando su hermosura y grandeza. Vio también que la iban siguiendo otras innumerables, como asidas de varios hilos de refulgente luz que descendían de los candores del lustroso ropaje que vestía la reina de los cielos. Vio al entrar en el empíreo el recibimiento que le hicieron los celestiales ciudadanos, cómo fue colocada junto al trono de su santísimo hijo, con inmensa gloria y que dándole el eterno padre un abrazo cariñoso la llamó hija querida, y el hijo la trató de madre y el Espíritu Santo de esposa. Las luces, gozos, glorias y resplandores que se le representaron en aquella altísima ciudad de Dios fueron inexplicables y la impelían a subir por aquellas gradas en pos de su madre y Señora.

[207] Un día, arrastrada del ímpetu de este apetecible favor, se halló como resuelta y determinada a subir por las lucientes gradas y escalones que pisaba la Emperatriz de los cielos, y oyó una suave voz que respondiendo a su pensamiento le dijo que subiera. Comenzó a subir ciega y hambrienta de la inmensa gloria en que se le había representado la reina de los ángeles. Y a las primeras gradas que holló su espíritu la detuvieron los ángeles, diciéndole que aún no era tiempo, y la pusieron al pie de la escala

del cielo; pero quedó llena de esperanzas de subir a participar de las glorias que gozaba su querida madre y señora. Semejantes favores recibía en otras festividades de esta soberana reina y de su hijo santísimo, y muchas veces se repetían los mismos, o por lo menos una memoria o recordación tan clara, que parecía repetición de los primeros. Muchas de estas visiones irán en la historia y otras será forzoso omitir por semejantes, y muchas, aunque todas se ordenan a manifestar la grandeza inmensa de santidad y gloria a que había levantado Dios a su santísima madre; el poder que le había dado y las singulares excelencias y prerrogativas con que la había ensalzado sobre todos los hombres, ángeles y serafines. Con estas visiones y manifestaciones de los divinos secretos crecía la devoción de la santísima Virgen en esta su escogida esclava, y se levantaba su espíritu a alabar y engrandecer los soberanos misterios con continuas alabanzas en las oraciones del divino salterio.

3. Cuánto provecho causaba en el mundo con las oraciones del rosario. Contradicción del infierno y favores especiales de Nuestra Señora del Rosario

[208] Le servía el rosario también de redes para atraer a los pecadores y gentiles al estado de la gracia. Por él, como por escala segura, se despoblaba el purgatorio y se poblaba de ciudadanos el cielo. Todo el universo se hallaba beneficiado de esta criatura y de sus oraciones, como diré en su lugar. Sólo aquella parte que es y llamamos infierno, se encruelecía agraviado, y se mostraba enemigo vengativo y furioso de esta inocente virgen, porque le quitaba las almas con que entretiene su sed insaciable. Y así juntaba sus ejércitos armados contra esta su enemiga, amiga de Dios y benefactora del mundo. Hacían conciliábulos frecuentemente para combatirla, destruirla y consumirla. Y mancomunados y juramentados la cercaban de día y de noche, como leones rugientes y hambrientos, y cada uno con toda la sed del infierno; porque en todos y cada uno se ostentaba la soberbia de aquel lago de fuego en que todos y cada uno quieren ser todo el infierno, como lo testificó el santo Job, cuando dijo, hablando de la sed del Demonio: que se sorberá un río de almas y tendrá confianza de poner su boca en el Jordán, que es río santificado, para beberse las almas consagradas a Dios, que éstas son las que desea con más veras beberse, como escogida bebida de su envidia [Apostilla: Job, 4].

[209] Con esta apetencia infernal le presentaban la batalla, y con presuntuosas bravatas, le decían que, si no dejaba el rosario, si no se apartaba de aquella mujer a quien llamaba su madre; si andaba adorando y veneran-

do sus imágenes, y si pedía y clamaba por los pecadores, habían de dividir en átomos su cuerpo y dar con su alma en los calabozos infernales. Catarina, aunque sentía sustos y asombros en el corazón, se humillaba con las potencias del alma, más que el polvo de la tierra, y hasta lo más profundo de su nada, de donde armada del divino valor, se levantaba y admitía la batalla, diciendo: “Yo soy una hormiga, un gusanillo, una nada y la mayor pecadora, digna de ser escabel de vuestras plantas. Y así, si traéis licencia de quien os dio el ser y poder que ostentáis soberbios, aquí estoy a vuestros pies pronta a que se haga en mí la voluntad de vuestro creador y mi redentor; pero si no traéis licencia, y si es mayor vuestra arrogancia que vuestro poder: ¿Quién como Dios y la Virgen del Rosario?” con esta voz mostraba muchas veces Dios su infinito poder y el de su santísima madre, manifestando a Catarina, para su mayor aliento, cómo caían precipitadas las potestades infernales al profundo, donde con eternas penas, furioso suspiraba y gemía rabioso el ejército precito,⁸⁴ y escupiendo sacrílegas blasfemias se volvía a conjurar contra esta hija de la Virgen del Rosario.

[210] Volvían como moscas importunas o más como sierpes emponzoñadas, pero para asegurar mejor sus trazas, continuaban la guerra como por celadas y a escondidas, cobardes, sin atreverse a mostrarse visibles. Algunos de ellos cogían el oficio de duendes, tirando de las cuentas para que perdiese la cuenta de su rezado, y aburrida o enfadada, cesase en las alabanzas de su madre y señora. Y a éstos les despreciaba y confundía sólo con decir con mansedumbre: “Volveré a comenzar el rezado, que eso tendrán más las almas necesitadas”. Otros escondían y hurtaban el rosario para que se apurase y perdiese el tiempo en buscarle, pero ella se previno contra esta diabólica burla con traer siempre consigo tres rosarios, y cuando se los escondían todos, les decía: “Yo no tengo pegado el corazón a las cuentas, sino a las oraciones del rosario. Yo las diré, y las recogerá y contará para repartirlas la Señora del Rosario”. Otros, más envenenados, le enredaban de tal suerte los rosarios que era menester cortarlos para desenmarañarlos. En conociendo Catarina este enredo, les decía: “¿Quién creyera que príncipes y potestades se habían de ocupar en semejantes niñerías? Mas como me dejéis rezar, poco importan vuestras marañas”. Y así rezaba más, porque rezaba sin cuentas y por eso crecían en los demonios las rabias y los corajes.

84 Condenado a las penas del infierno, réprobo.

[211] Al mismo tiempo la combatían otros más maliciosos, diciendo que rezase porque valían mucho delante de Dios los rosarios. Y ella les respondía: “Mucho me valdrán, si pidiendo perdón de mis pecados por la sangre de vuestro creador y mi redentor, y por la intercesión de su santísima madre, consigo el cielo que vosotros perdisteis”. Otros la persuadían que le hacía daño el mucho rezar, que mirase por su salud, que procurase conservar la vida y gozar en ella de las cosas de este mundo, pues las había creado Dios para el hombre; que para qué era tanto recogimiento y retiro, tanto orar y rezar, tanta presencia de Dios y de María; que era ésta tan piadosa, que sólo por un rosario y aun por una avemaría, en cada día conseguiría la salvación a todo el mundo, y así que se divertiese, que hablase, que mirase, pues no la había hecho Dios anacoreta ni ermitaña para vivir en los desiertos, sino para vivir en el concurso y bullicio del mundo. Interrumpía estas y semejantes voces, diciendo: “Callad, que no doy atención a vuestras razones; porque estoy alabando y hablando con la Virgen María, pidiéndole que me libre de vuestros engaños y que sea mi luz, mi guía y mi maestra. Y me dice que todo esto que me decís es el camino del mundo, cuyo paradero es el infierno”.

[212] Viendo desvanecidas sus ilusiones, crecía en ellos el furor y la ira; y la acometían rabiosos, valiéndose de la violencia de su agigantado poder. Catarina sufría con paciencia y les ofendía con las palabras de las dos oraciones del rosario; unas veces llamando a la santísima Virgen “llena de gracia, bendita entre todas las mujeres, y madre de Dios”, le pedía que rogase por ella y por todos los pecadores. Otras veces confesando que merecían más tormentos sus culpas, decía al eterno padre que se hiciese en ella su voluntad, y que le perdonase sus pecados y los pecados del mundo. Y sentían tanto estas palabras, esta paciencia y resignación de esta criatura los enemigos, que ciegos de rabia se incitaban los unos a los otros a despedazarla y descomponer toda la arquitectura y organización de su cuerpo, para que no pudiese pronunciar las palabras del padre nuestro, ni del avemaría. Algunos de ellos se aplicaban a trabarle las quijadas, engrosar y envarar su lengua, a volverle la boca y retorcerle el cuello, a anudar su garganta, inficionarle el olfato y sofocarle la respiración; otros a punzarle los ojos, barrenar sus sienes y atormentar con gritos infernales sus oídos; otros a torcerle los brazos, a aprensarle el corazón, taladrarle el costado y despedazarle las entrañas; otros a obscurecerle las potencias y turbarla con humos infernales los sentidos interiores y exteriores para que no pudiese hablar, imaginar, ni entender, sino sólo padecer y consentir en lo que ellos le proponían, que era

dejar el rosario y a la Señora del Rosario, provocándola a sacrílegas blasfemias contra la madre de Dios y contra el fruto bendito de su vientre, contra la fe, esperanza y pureza, y contra el que le había dado el ser, para ganar con un infierno en esta vida otro infierno en la eternidad. Y no satisfecha su ira, ni desahogada bastantemente su rabia con estas crueldades, acarreaban (permitiéndoselo Dios para mayor corona de su esposa) el mismo fuego de su infierno y todos los instrumentos de martirizar, y con todo su poder y furia los empleaban en destruir a este débil cuerpo de tierra y atormentar a su alma inmortal. Pero conociendo con la experiencia que excedía esto a su poder y que estaba en oposición la Omnipotencia conservando el cuerpo y la vida y defendiendo el espíritu, cogiendo para sí la parte superior del alma, con una fuerza, aunque suave, tan eficaz, que fuera más fácil pasar de un lugar a otro los montes, y que el fuego aplicado a la materia dispuesta no quemara, que apartar de su creador el libre albedrío de esta criatura. Procuraban más atrocemente afligirla, persuadiéndola que había ofendido a Dios y que le estaba ofendiendo con las blasfemias, a que violentamente la impelían, arrastraban y provocaban.

[213] En estas batallas terribles que padeció esta dichosa alma y que pudo decir con David, que padecía dolores y congojas de muerte y penas del infierno, se hallaba con las potencias superiores libres para repetidos actos de resignación con el divino querer, con las palabras del padre nuestro: “Hágase tu voluntad”; y para pedir socorro al Altísimo con las palabras: “No nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal”. Valiéndose juntamente de la intercesión de la santísima Virgen con la salutación angélica, concluyendo: “Ruega Señora por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte”. Y era tan eficaz esta oración que muchas veces quería Dios ostentar su omnipotencia dándole fuerzas para romper las prisiones con que tenían los ejércitos obstinados aprisionado su cuerpo y alma; y que pronunciase el nombre de Jesús y de la Señora del Rosario, con tal aliento y virtud, que despavoridos los enemigos se ahuyentaban y dejaban el cuerpo de esta esclarecida virgen baldado y descoyuntado, que restituía Dios a su ser con un “hágase” o por manos de sus celestiales ejércitos que asistían a confortar y a alumbrar a esta esposa de su Dios. Todo el tiempo que duraban estas batallas, que aunque eran como continuas, lo más sangriento y riguroso solía ser de semanas y meses enteros cada año, en que la tenían derribada en la cama, como en un potrero o sacrificadero donde ejecutaban todas sus crueldades los enemigos rebeldes.

[214] En estas enfermedades de martirios acostumbraba a llamar en su ayuda a la reina de los cielos en todas las imágenes de su devoción, nombrándolas con sus propios nombres. Y concurriendo Dios con el afecto piadoso de esta su querida esposa, hacía con ella lo que en el mundo se usa en las enfermedades graves de los príncipes; porque así como sus afectos les llenan las casas de reliquias y de imágenes milagrosas, deseando cada uno que su santo sea el instrumento de la salud y que se lleve el agradecimiento del enfermo, así también el cielo concurría en las enfermedades graves de Catarina a su aposentillo con sus imágenes. Y como eran las de la Señora las primeras que ella invocaba, eran las primeras que entraban a su casa, sucediéndose unas a otras con el orden que la enferma las llamaba y con todo el adorno que lucían en sus altares. Prodigio digno de admiración era lo que veía y miraba esta esclarecida virgen, porque iban todas estas imágenes entrando como en procesión de lucidos astros, y cogiendo su lugar fijo, ostentaba cada una con especialidad aquel misterio o excelencia que representaba su nombre o su pincel. Y conservando todas su orden, como las estrellas, que armadas en el cielo, pelearon bien ordenadas contra Sísara⁸⁵ [Apostilla: Jueces 5], daban a entender a esta pobrecita enferma que venían a pelear por ella y con ella las batallas de su Dios contra las potestades del infierno.

[215] En unas de estas imágenes le ofrecía la reina de los cielos su pureza para escudo y defensa de la propia; en otras su caridad para sufrir por los prójimos aquellos tormentos; en otras su alegría para gozarse en las penas; en otras sus dolores para dar valor a sus angustias y congojas; con una admirable resignación y paciencia, todas con ser, como apunté en el capítulo quince nombrando algunas, servían como de vidrieras por donde se asomaba a un mismo tiempo en representación la luna hermosa del empíreo, vestida de los rayos y resplandores del sol, para alentar a su querida hija en el principio de las batallas. Y aunque esta vista sólo parece que bastara para que se asegurase la combatiente de su patrocinio y de la victoria, con todo, para mostrarse reina poderosa, conseguía del verdadero Sol de justicia que se le representasen alternadas con sus imágenes otras de las efigies de los santos abogados y patronos de esta esclarecida virgen, que como brillantes

85 Comandante del ejército de Jabín, rey cananeo de Hazor, a quien Débora y Barac derrotaron en una contienda que se libró junto al río Cisón. Cuando huyó del campo de batalla procuró un refugio temporal en la tienda de Heber, un ceneo que hasta ese momento había vivido en paz con los cananeos. Jael, la esposa de Heber, lo invitó a entrar y le dio muerte mientras dormía. <http://www.wikicristiano.org/diccionario-biblico/significado/sisara/>

estrellas acompañaban el retrato de su reina y avivaban el aliento y la confianza de esta su ahijada. Y porque fuese su pobre choza un dibujo o estampa más perfecta del cielo, veía también ejércitos de ángeles que, como astros errantes, lucían y cortaban el aire, corriendo de un lado a otro; y desde las imágenes hacia la cama de la enferma, que era el campo de las batallas y de los triunfos de la madre del Omnipotente. Con estas demostraciones manifestaba Dios que no era menos cuidadoso en favorecer y defender a sus criaturas, que el infierno en combatir las. Todo este cielo de luces eran auxiliares de esta valerosa alma; y aunque se le oscurecían todo el tiempo de las batallas para dar lugar al mérito, la asistían invisibles y se le volvían a manifestar en el fin de las borrascas, o para animarla a nuevos combates o para ostentar los triunfos de sus victorias. Y advertía Catarina que en la variedad de tanto lustroso diamante y resplandecientes estrellas, sobresalía la Virgen del Rosario, como sol entre los demás astros, y que era como la que presidía en aquel abreviado cielo de resplandores. Y así le ofrecía esta esclava de María, desde luego en agradecimiento, una vela y la primera visita si se levantase con salud de la cama. Lo ejecutaba como lo había ofrecido, atribuyendo a la Emperatriz de los cielos en dicha milagrosa imagen la palma de sus victorias con una candela encendida que le presentaba, y la asistencia de todo un día que gastaba en alabarla y ensalzarla; porque como eran las peleas sobre el mariano salterio, quiso Dios que entre todos los demás retratos de su santísima madre, se llevase el aplauso y la gala el de la advocación del rosario. Y por la especial devoción que tenía la sierva de Dios a esta soberana imagen y a su rosario, por contener éste todos los misterios de Cristo y su santísima madre desde su purísima concepción, hasta su real y gloriosa coronación.

CAPÍTULO 18

PROSIGUE SU DEVOCIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN Y FAVORES QUE RECIBIÓ DE NUESTRA SEÑORA DE COSAMALOAPAN

1. Devoción que tuvo a este santuario y lo que sintió el infierno el que esta sierva de Dios visitase a esta milagrosa imagen

[216] Favorecía tan generalmente en sus imágenes la Emperatriz de los cielos a esta su querida hija, que pudiera especificar muchos favores y muy sin-

gulares de los santuarios de todas las iglesias de esta muy ilustre ciudad, que iba a visitar muchas veces, (huyendo siempre del bullicio de las criaturas) a que correspondía la celestial Señora en forma de sus retratos, ayudándole y defendiéndola en sus necesidades y aprietos siempre que imploraba su patrocinio. Pero algunos de ellos tienen su propio lugar en los casos particulares de la historia; otros por no tener variedad ni contener espiritual doctrina juzgo conveniente el omitirlos, porque no causen en lugar de enseñanza, fastidio. Se extendía su devoción a los santuarios distantes visitándolos en espíritu y pidiendo en ellos a los cortesanos del cielo su protección y asistencia. Uno de ellos fue el de Nuestra Señora de Cosamaloapan, a donde quiso hacer romería por sus enfermedades habituales y por los pecados del mundo, que era el cuchillo más agudo de dolor que traspasaba su alma. Supo esta determinación el ilustrísimo, excelentísimo y venerable señor don Juan de Palafox y Mendoza, obispo de esta ciudad de los Ángeles, que en aquel tiempo la comunicaba con tanto cariño y estimación que le enviaba desde su mesa todos los días algún platillo para que comiese esta pobrecita esclava, y por tener ordenado que no se detuviesen los peregrinos en dicho santuario muchos días, envió a Catarina una ayuda de costa, con cartas de recomendación para que la dejaran detener todo el tiempo que ella gustase, asistiéndola en todo, sin molestarla en nada; que es gran testimonio de la humanidad de este príncipe de la Iglesia, y de la santidad de esta su oveja, el hallarse tan favorecida de su pastor, en el estado más despreciado de las estimaciones del mundo.

[217] Temió el infierno el fruto que había de sacar Catarina de esta peregrinación, y así determinó osado e intentó rabioso y atrevido impedir ésta como las demás acciones que cedían en culto y veneración de la celestial reina. Hizo alarde a su vista de todo su poder, representándole escuadrones sañudos y furiosos de soldados armados que ocupaban los pasos por donde había de pasar, y de manadas de fieras y monstruos que andaban emboscados por las orillas de los caminos como salteadores encarnizados y atrevidos, amenazándola que si salía de la ciudad y no desistía de ese viaje o romería, la habían de hacer pedazos con sus armas y degollarla sangrientos y feroces con sus uñas y dientes. Todas estas arrogantes bravatas eran para Catarina como fantasmas fingidas o pintadas; sólo con despreciarlas las derrocaba y vencía. Mas fuerza tenían otros malignos que invisibles se le arribaban al corazón, causando en él temores y sobresaltos, que acompañados de pensamientos tristes y de razones fantásticas, disminuían las fuerzas del cuerpo y ponían en congojosas aperturas su alma. Sólo con la valentía de

su fe y confianza que tenía en el patrocinio y poder de la reina de los cielos, pudiera resolverse a no desistir de este peligroso viaje. Imploró su ayuda y defensa en la misma imagen de Cosamaloapan, a quien quería hacer el obsequio de visitarla, y luego sintió su presencia con la de millones de ángeles que venían por ella para guiarla y defenderla de todos sus enemigos. Con este favor se mitigaron todos los temores y sobresaltos, y quedó confortada en el cuerpo y en el espíritu.

[218] Hizo esta romería acompañada de su marido y llevaban los dos una bestia para ayudarse de ella en los desfallecimientos, desmayos y fatigas del camino y en los ríos y en los malos pasos. A los primeros que dio se le manifestó en oposición Lucifer, con toda su gente o con todo su infierno junto, y reconociendo esta esclarecida virgen que la había de perseguir en toda su peregrinación el ejército obstinado, volvió a invocar a María, con su nombre y con el nombre de su retrato de Cosamaloapan, obligándola humilde con las palabras que acostumbraba, diciendo: “¿Tú, Señora, no dijiste que eras mi madre?, pues mira como tuya la causa de tu hija. En otras más arriesgadas peregrinaciones ha sido triunfo de tu amor y de tu grande poder la conservación de tu obra y de mi honra y de mi vida; el mismo poder y amor tienes ahora para la defensa de los pecadores, y yo la mayor de las pecadoras. Y tengo puesta toda mi confianza en tu patrocinio, y en el de tu santísimo hijo, y así, por tu cuenta corre el sacarme de todos los riesgos en que me metieron los ejércitos precitos”.

2. Batallas, triunfos y efectos de esta peregrinación

[219] Iba en este camino la sierva de Dios como si tuviera dos naturalezas, con dos operaciones distintas en un mismo sujeto, de que hablan los doctores místicos, cuando explican una especie alta de contemplación en que la parte superior del alma se halla unida con divinos objetos y goza de sus influencias; y la parte inferior, que es todo lo sensitivo, ejercita las potencias naturales, y con ellas habla, oye y siente. Así considero yo a esta nuestra peregrina, porque con una parte, con los ojos, oídos, imaginación y los demás sentidos veía los ejércitos de Lucifer, soberbios y orgullosos, divididos en batallones; unos que la seguían traidores; otros puestos en ala, por los caminos apuntándole con sus bocas de fuego, otros que apiñados se ponían en los pasos estrechos con lanzas y espadas desenvainadas; otros que como perros, osos y leones se asomaban entre la espesura de los bosques, como esperando que llegase cerca para ensangrentar rabiosos los dientes y rapan-

tes uñas de su cruel ferocidad; otros que como astutas serpientes descubrían entre las piedras y maleza de los montes sus venenosas cabezas, como que querían escupirle su ponzoña y aprisionarla enroscados en todo su cuerpo; otros, que en forma de nublados horribles le anunciaban tempestades y remolinos de viento, rayos y granizo; otros, que vomitando ríos de fuego por las bocas le prometían incendios. Todos estos monstruos con sus acciones, gritos, silbos, aullidos y ademanes, causaban en esta hija de María dolores, ansias, congojas, temores y confusiones, con que caminaba martirizada por la santísima Virgen y por el bien del universo.

[220] Por otra parte iba su espíritu tan libre que conocía con luz infusa que el Demonio podía bramar, amagar y perseguir, pero no morder, herir, ni matar; y que si le daban licencia para afligir el cuerpo no la tenía para aprisionar el alma, ni para impedir los fines del Altísimo, ni los que quería su santísima madre. Veía que sus bocas de fuego eran tiros sin munición y sin balas; veía al atropellar sus escuadrones y batallones que eran sus cuerpos fantásticos y como de humo sin resistencia; veía que no eran los leones y las demás fieras tan bravas como las pintaba en su imaginación el enemigo, y que éste tenía más de crueldad que de poder, y más de maña y astucia que de fuerza; veía que las serpientes tímidas y asustadas al llegar cerca se escondían entre las piedras o se deslizaban entre la maleza de los bosques, porque no les quebrase la cabeza, escarmentadas de la otra serpiente maldita de Dios en el paraíso [Apostilla: Génesis, 3]; veía cómo entre los incendios que reventaban de aquellos volcanes animados del infierno, iba ella como la zarza de Moisés, abrasándose sin quemarse; veía que las tempestades furiosas se deshacían con la misma violencia que traían; que los rayos se convertían en antorchas volantes, que alumbraban el camino en la obscuridad, y que todos los nubarrones espantosos se deshacían en agua que regaba el suelo, mojaba a su consorte, al bruto en que iba y a los pasajeros con quien se encontraba, y que sólo ella caminaba sin mojarse.

[221] Veía un hermoso alarde de las milicias angélicas divididas en tropas, unos que le guardaban las espadas; otros que la guarnecían por un lado y otro; otros que iban delante y que llegando a los parajes y pasos peligrosos se ponían como en ala y se amontonaban en las bocas de las barrancas, dando a entender que la aseguraban del riesgo de los ladrones cuando querían darle el asalto. Otros iban cegando los hoyos, quitando las piedras y cogiendo el freno de la bestia con las manos; se veía en fin entre dos ejércitos, uno de enemigos que la perseguían, otro de escuadras angélicas que la servían y defendían. Veía también que los árboles y flores del campo,

al pasar junto a ellas, celebraban esta visita; unos inclinándose como que hacían reverencias, otros como que la festejaban, hacían movimientos de alegría en sus ramas y en sus hojas. Veía finalmente el principal objeto y el consuelo de su alma, que era Jesús en los brazos de su santísima madre en forma de la virgen de Cosamaloapan, que iba en su compañía, a quien atribuía el festejo de las plantas, la cuidadosa asistencia de los celestiales parainfos y la seguridad entre tantos riesgos y cavilosos enemigos. Y así preguntándole que si le habían causado empacho y vergüenza tantos favores y prodigios juntos, me respondió: “No, porque lo que se me representaba en el festejo de las plantas y ángeles juzgué que todo se ordenaba a honrar a su creador y a la reina de todas las criaturas”.

[222] Le pregunté qué iba haciendo en este camino, y me respondió: “Yo, alababa a mi madre y señora y a su santísimo hijo con las oraciones del rosario; y cuando me hallaba apurada con los ejércitos condenados, enarbolaba la cruz del rosario y llamaba en mi defensa a Jesús y María, y luego se desaparecían o precipitaban a su centro”. Bien podemos decir de Catarina lo que dijo el esposo, alabando la maravillosa fortaleza de su esposa en los cantares de Salomón: “Yo te hice semejante en mi caballería a la de los carros de faraón, cuando huyendo de su sangriento y rabioso furor escapaste a paso libre y con salvoconducto por medio del Mar Bermejo, y él con todos sus carros y gente quedó anegado, como con alegre júbilo y agradecida voz tú lo contaste” [Apostilla: Cantares 1]; porque así, como todos los carros, caballos y prevenciones del pueblo de Dios para defenderse se redujo a la vara de Moisés, y con ella sumergió en el profundo mar a los gitanos soberbios, con toda su gente, carros y caballos, así esta valerosa esposa con sólo los nombres de Jesús y María y la cruz de su rosario (que todo esto se significa en la vara de Moisés), postró, venció y precipitó en el abismo a Lucifer y a todos sus ejércitos.

[223] Llegó victoriosa y triunfante al santuario, y los favores que recibió del cielo por medio de esta milagrosa imagen se pueden colegir de lo que sucedió en este prodigioso camino: fue un continuo gozar entre apiñadas luces y resplandores de gloria, pidió cuanto alcanzaba su memoria para el mundo y alcanzó cuanto pedía. Logró la manifestación de muchos misterios y secretos que fue como recompensa de su fe, amor y piedad, con que ofreció a la Señora en su milagrosa imagen un rico presente, porque con el cariño que le tenían muchos, le dieron joyas y preseas de mucho valor, que presentó a la soberana reina con otras joyas suyas y una que conservaba como prenda de la venerable madre María de Jesús. Estuvo muchos días en

este santuario, donde volvió con salud y fuerzas para nuevas batallas que se verán en esta historia, y trajo consigo un poco de aceite y otras reliquias que en manos de la fe y caridad de esta esclava de Jesús y su santísima madre dieron salud a muchos enfermos e hicieron otros prodigios y maravillas, de que resultaron nuevas alabanzas a María santísima y honra y gloria a la divina Omnipotencia.

CAPÍTULO 19

DE LA DEVOCIÓN QUE TUVO A LOS ÁNGELES Y SANTOS, CÓMO CELEBRABA SUS FIESTAS, CÓMO LOS INVOCABA Y ALGUNOS FAVORES QUE RECIBIÓ DE ELLOS

1. De los muchos ángeles y santos que invocaba y de las frecuentes y maravillosas asistencias con que la favorecían

[224] Aunque se veía Catarina asistida de Jesús y de María, vivía tan desconfiada de sí, que todo su anhelo era multiplicar intercesiones para con Dios; y así andaba toda cuidadosa en obligar a todos los cortesanos del cielo, dividiéndolos en varias jerarquías o coros para poderles hacer cada día algunos obsequios, trayendo especial presencia de ellos, como lo insinué en el capítulo diecisiete, tratando del modo con que ofrecía el rosario de quince misterios, invocando en cada misterio una de las jerarquías o clases en que tenía distribuidos todos los ciudadanos de la gloria. A los coros de los ángeles saludaba todos los días al amanecer con nueve avemarías por la cuenta de a mil que traía consigo y entre día los invocaba muchas veces, pidiéndoles su patrocinio contra los príncipes y potestades infernales y su intercesión para con Dios. Se valía de ellos para que presentasen en el tribunal de la divina misericordia sus oraciones, acompañadas de los dones y gracias de los mismos celestiales espíritus, con los merecimientos de los justos de la tierra y santos del cielo. Invocaba en particular por su nombre al glorioso arcángel san Miguel, san Gabriel y san Rafael, y al ángel de su guarda con quien tenía más continuos coloquios, pidiéndole su consejo y patrocinio, y que le alumbrase, dirigiese y castigase cuando se apartara del camino en que debía de agradar a su divino esposo.

[225] Con este frecuente recurso a los angélicos espíritus, mereció que el Señor de los ángeles le pusiese por custodios todas las celestiales milicias,